

EDITORIAL

ENTRE PÉRDIDAS Y DUELOS

Con las aportaciones del psicoanálisis, la depresión implica un planteamiento diferente al de la psiquiatría clásica. La falta, las pérdidas, las ausencias, si se tramitan como equivalentes del duelo, irán estructurando el aparato psíquico, formando parte de los apremios de la vida. Los duelos constituyen los fenómenos con que se va estructurando la personalidad en la continuidad existencial entre las discontinuidades. Pierre Fédida, lo explica: la psique, metáfora primitiva de toda depresión.

Por su parte, Melanie Klein había analogado el duelo temprano con el duelo actual. En la posición depresiva el bebé, en el primer año de vida, logra integrar lo bueno y lo malo del objeto. Ya no son dos objetos escindidos sino uno total. En la posición anterior la esquizo-paranoide, amar a un objeto y devorarlo estaban íntimamente relacionados. Las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, implican una fantasía, un sentimiento y las respectivas defensas. Cada paso hacia la unificación del yo conduce otra vez a una renovada disociación de las imagos en buenas y malas, prevaleciendo la omnipotencia. En la posición depresiva entonces hay una pena y culpa por haber dañado al objeto y la capacidad para repararlo.

Si pensamos el duelo con el “Proyecto de psicología para neurólogos” y con “Pulsiones y destinos de pulsión” de Sigmund Freud, es desde el desamparo que la madre auxilia al bebé. En la vivencia del auxilio coinciden angustia, placer y dolor; este último como lo que no se liga y la angustia como la transposición de la energía biológica en libido, como el mínimo de ligadura. El bebé como un yo placer purificado inicial, cuando falta el auxilio ajeno, surge la gratificación alucinatoria del deseo; esta alucinación entendida como un momento de especularización: aún en la falta, él genera siempre placer, él es el pecho. El aparato psíquico es capaz de organizar una alucinación y así elaborar, en la diferencia, lo que falta, dando apertura al deseo.

En palabras de Winnicott, ahí donde la madre-ambiente falla, la mente del bebé funciona ayudando a realizar las funciones de la madre; piensa, como una forma de

habitar, cobijar la organización del yo. En la creatividad primaria, el bebé tiene la ilusión de ser el creador del pecho, estando presente. La ilusión y los fenómenos transicionales facilitarán la continuidad en la existencia, implicarán la posibilidad de sentirse real entre los fenómenos de ilusión y desilusión.

Cuando el bebé cuenta con un aparato psíquico capaz de organizar un estado de relajación que le permite soñar, es entonces que puede soñar la gratificación del objeto de la falta, dando acceso al deseo.

El nieto de Sigmund Freud de 18 meses de nacido jugando Fort Da elaboraba, en un primer tiempo, la ausencia-presencia de la madre. Continuando, en un segundo tiempo, jugaba a hacerse desaparecer a sí mismo, cuando lograba, al jugar con su imagen en el espejo, hurtar el cuerpo (erogenizado) a la imagen del espejo.

El objeto se crea en el acto de rechazarlo refiere Winnicott. André Green lo explica: para poder decirse sí a uno mismo, hace falta poder decirle no al objeto. La oposición, la negatividad, la represión primaria y secundaria forman parte del establecimiento del No. La negación que corresponde al no del lenguaje, que es a la vez una pérdida y una sustitución.

El bebé necesita de un objeto que satisfaga y de uno que permita hacer oposición. Para la fuerza vital del infante (la agresión), es importante, refiere Winnicott, poder destruir el objeto y éste sobrevivir a su destrucción en la fantasía. Los fenómenos de destructividad o negativización van permitiendo ir transitando por los procesos de maduración emocional primitivos.

Entonces el duelo transcurre en la repetición dentro del tiempo, entre soñar/dormir, jugar, destruir/sobrevivir, crear, fantasear, imaginar. Pierre Fédida en su artículo "El actuar depresivo" en la revista *Espectros del psicoanálisis* (territorios 2, 2002), explica, en la depresión, en el duelo, "La vida se hace lenta y se ensordece, y cada uno, a pesar de sí mismo, regresa al cadáver". Cada duelo reorganiza la estructura psíquica, moviliza los lazos narcisistas, como en el sueño de cada noche se reorganiza la disposición estructural psíquica y narcisista del durmiente.

Entonces hay formas de funcionar el aparato psíquico capaz de lidiar con la ausencia/presencia, la falta, la pérdida, el vacío, que llevan a la estructuración del aparato psíquico, en la continuidad existencial entre las discontinuidades.

A pesar de que el proceso de duelo forma parte de la estructuración psíquica y de que las formaciones de compromiso son la forma de funcionar del aparato psíquico, esto no implica que con la muerte de un ser querido o de un ideal, se deje de sentir dolor psíquico. Para Freud, en su trabajo “Duelo y melancolía” textualmente explica, el proceso de duelo que le indica que el objeto amado ya no existe más no se cumple enseguida, se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura mientras la existencia del objeto perdido continúa en el aparato psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba el objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ello se consume el desasimiento de la libido. La operación de compromiso del duelo, que va ejecutando una despedida, pieza por pieza de la orden de la realidad, resulta extremadamente doloroso; pero una vez cumplido el trabajo del duelo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. Se puede agregar, los recuerdos ya no duelen.

Los duelos al implicar procesos narcisistas, resultan en comunicaciones y procesos del orden de lo íntimo, de lo secreto, de lo sagrado. El duelo, explica Fédida, en el acontecer del extrañamiento, en el corazón de lo familiar, concierne a la inquietante intimidad del secreto. Pero ¿Cómo pensar esa inquietante intimidad del secreto?

Este nivel de intimidad lo comenta Winnicott en la madre de un niño con autismo que confiesa al terapeuta el momento en que dejó de interesarse por su bebé de 9 meses de nacido. Este nivel de secreto sagrado es el que calla Abraham cuando recibe la orden divina de sacrificar a su hijo Isaac. Es un secreto del orden de lo sagrado, de lo íntimo. El duelo moviliza partes de sí mismo de este nivel de intimidad, como ocurre en los sueños. Y que como parte de un sacrificio implica un planteamiento respecto a lo que se renuncia.

Cuando un niño, un doliente, una madre sienten la confianza para compartir este nivel de intimidad con alguien, se posibilita el tránsito del dolor, el odio, la rabia, y un alivio y recuperación libidinal y narcisista.

Los pérdidas y sus destinos, como el juego con plastilina o masa del niño, cobran diferentes formas en cada uno, en diferentes momentos de la vida. En la salud emocional, transitan referentes narcisistas del límite entre duelo y manía. En cambio, en la privación o la deprivación, en vez de vacío existencial se encuentra un vacío aniquilante para el infante, que conlleva el riesgo de no proceder por el camino del duelo normal (estructurante).

Concepción Rabadán Fernández

Jaime Fausto Ayala Villarreal

Comité editorial LeP.

Director-editor LeP